

Juzgado por la experiencia; ved lo que ha alcanzado en los siglos pasados; considerad todos los que han precedido á Jesucristo; recorred las naciones mas cultas que tuvieron mas recursos y se aplicaron con mas actividad; preguntad á sus sabios, á sus filósofos, á los mas instruidos, si el hombre es obra del acaso, ó si debe su ser á un Criador; si le crió en un estado mas excelente ó en el mismo á que hoy está reducido; si el mundo es eterno, ó si ha sido sacado de la nada; si Dios ve las acciones de las criaturas; si exige un culto de ellas, y cuál es el culto que exige; y veréis con asombro que sobre estas cuestiones tan interesantes, sobre asuntos tan estrechamente enlazados con nuestras obligaciones, nuestra seguridad y nuestros destinos eternos, los descubrimientos de cuarenta siglos no produjeron mas que conjeturas timidas ó errores monstruosos. Veréis que, exceptuando la Judea, en donde Dios habia manifestado la gloria de su nombre, la teología de todas las naciones de la tierra no era mas que una masa indigesta de fábulas y de absurdos, de supersticiones groseras, de misterios indecentes y de abominables sacrificios. Veréis en todos los pueblos los horrores del politeísmo, y en los grandes los de la impiedad.

Estas tinieblas eran tan generales, que penetraron hasta en las escuelas, y las asambleas de los sabios yacian en una noche igualmente pro-

funda. Los mismos que en Atenas, Corinto y Roma se hacian distinguir por otros muchos y eminentes talentos, cuando hablaban de la religion parecian ciegos, y pensaban como niños. Ellos son la prueba mas visible de los cortos alcances de la razon humana; pues multiplicando aquellos sabios sus meditaciones y disputas, no hicieron mas que multiplicar sus errores y delirios.

Es cierto que algunos vislumbraron verdades útiles; pero no pudieron mas que entreverlas con obscuridad y confusion, y esta pequeña luz no bastaba á satisfacer su razon y fijar sus incertidumbres. Por eso redujeron los dogmas mas importantes á la clase de problemas ó de cuestiones curiosas, que solo podian entretener á los filósofos y ejercitar su ingenio. Ellos mismos confesaron que la verdad era una especie de fósforo, que brillaba un momento y se obscurecia al instante: ellos mismos dijeron que su razon era como una nave batida por la tempestad, y empujada por vientos contrarios, sin piloto ni timón en el vasto piélago de las humanas opiniones.

No es posible resistir contra la autoridad de una experiencia hecha en toda la tierra, que ha durado mas de cuatro mil años, y que convence de la necesidad de una revelacion. A vista de esto ¿quién puede persuadirse que el pueblo pueda formarse á sí mismo un cuerpo de doctrina

útil y bien ordenado, cuando los hombres mas célebres de todos los tiempos no han podido producir mas que opiniones vacilantes, y algunas verdades mutiladas y estériles, sin union ni sistema, sin motivos y sin autoridad?

Los que pretenden dar á la razon tanta fuerza, se valen de las mismas luces que deben á la revelacion, para hacerla inútil; pero sus ratiocinios no merecen detenernos, y son mas aptos á probar los límites que la extension del espíritu humano, pues con los mismos esfuerzos que hacen para acreditarlo, demuestran mas su triste insuficiencia. Creed, señor, que la razon es ciega, y que sola la religion la puede abrir los ojos; que la razon es inconstante y variable, y que sola la religion puede fijarla; que es débil, y que sola la religion puede sostenerla; que en fin, es muy desigual entre los hombres, y que sola la religion puede suplir lo que falta á unos para igualarla en todos.

Solo Dios podia remediar estos defectos de la razon humana: por eso dió á todos los hombres el mismo culto, les propuso los mismos misterios, y les intimó las mismas leyes. Estas leyes, estos misterios y este culto forman el cuerpo de la religion, y desde que la razon advierte que vienen de Dios, no la queda otro arbitrio que el de adorar, creer y practicar.

Aquí le dije: Yo en verdad, padre, no sé lo que le diga: puede ser que á fuerza de haber cai-

do en tantos errores los hombres, llegasen al fin á discurrir este plan que ahora os admira tanto: así para probar que la religion cristiana viene de Dios, no basta decir que los hombres durante muchos siglos divagaron en diferentes opiniones; vuestra asercion necesita de pruebas mas positivas, y esto no me parece tan fácil.

Sin duda, señor, me respondió, que son menester pruebas de otra especie, y lo que he dicho de la insuficiencia de la razon, solo sirve á fundar la necesidad de la revelacion; pero en cuanto á las pruebas de su verdad, no dudeis de su claridad y de su fuerza. Dios se debia á sí mismo y debia á los hombres, cuando les descubrió verdades tan superiores á las luces de su razon, y cuando les intimó leyes tan contrarias á su naturaleza; debia, digo, darles medios de reconocer con evidencia que de él solo, como Autor de la naturaleza y de la gracia, se derivan unas y otras.

El hombre seria excusable de no creerlas y de no obedecerlas, si Dios no hubiera dado á sus testimonios tal grado de fuerza y claridad, que no se pueden esconder á la razon, cuando las pasiones no la turban ó no la prevarican. Dios no fuera justo en castigar á quien no pudiera redargüir con la evidencia de estas pruebas; pero su justicia tal vez esconde la luz á los soberbios, y la muestra á los humildes y sencillos. Para conocer la fuerza de estas pruebas, y para penetrarse de su luz,

es menester oírlas con deseo sincero de saber la verdad, y con ánimo dispuesto á hacerla todos los sacrificios necesarios: el que no las oiga preparado de este modo, no podrá recibir su impresion, como un paladar que la enfermedad ha viciado, no puede hallar grato el sabor de los mas dulces alimentos.

Todo eso podrá ser bueno, le dije yo; pero jamas me persuadiréis que sea posible probar la verdad de ninguna religion con evidencia. ¿Cómo objetos sobrenaturales, misteriosos y oscuros, que vos mismo decís estar fuera de la esfera de la razon, pueden sujetarse á las leyes del cálculo ó del raciocinio, de modo que deban convencer á una razon que ni siquiera alcanza á entenderlos! No olvido la distincion que habeis hecho entre las pruebas de la revelacion y la revelacion misma; confieso que ha sido para mi nueva, y que me parece justa. Vos pretendéis que las pruebas de que es Dios quien la ha dado, pueden ser claras, aunque su fondo no lo sea, y añadís que esto debia ser así para que la fe fuese meritoria. Enhorabuena: yo os lo concedo, y reconozco que esto es posible y no contradice á la razon; pero con la misma sinceridad os digo que nosotros no estamos ya en el caso ni en la posibilidad de juzgar estas pruebas, porque no podemos examinarlas á causa de la inmensa distancia que nos separa de los tiempos, de los testigos y los lugares en que todo ha pasado.

Para poder juzgar sanamente de objetos tan importantes y oscuros, seria necesario por lo ménos estar cerca de ellos, y los muchos siglos que median entre Jesucristo y nosotros, nos han puesto muy léjos. Los hombres tienen la vista corta, que no alcanza á tan larga distancia: vos que-reis acercarme un poco para que vea; pero no podeis serviros mas que de medios falibles, ó de los testigos que yo no he oido, ó de libros escritos por otros hombres siempre engañosos, ó de tradiciones populares que no son seguras, y que han debido ser alteradas ó exageradas en el transcurso de tantos siglos.

Todos estos recursos, y no puede haber otros, ni son practicables ni son ciertos. No son practicables, porque si para convencerse de la verdad de una religion fuera necesario estudiar, comparar y pesar todos los testimonios y pruebas derivadas en los libros y monumentos, aprender las lenguas necesarias, y adquirir toda la erudicion de estudio tan vasto y tan difícil; ¿quién pudiera convencerse sino un corto número de hombres laboriosos y hábiles? ¿Qué seria de la muchedumbre sin educacion, y que está forzada á dar todo su tiempo al trabajo de manos para subsistir? ¿Y quién puede imaginar que Dios haya dado una religion de que todos los hombres no sean capaces, y que no sea evidente por sí misma, sin necesidad de discusiones tan intrincadas y penosas?

Tampoco pueden ser ciertos. Toda tradición es falible: por antigua, por numerosa que sea jamás puede adquirir autoridad; porque excepto los primeros que la testifican, todos los otros no son sino ecos que la han repetido: no añaden prueba ni fuerza; la verdad ó la falsedad está únicamente en el primero. Aunque lo repitan millones, han podido ser engañados por sus predecesores, como yo puedo serlo por ellos; así es claro, que desde que yo no he sido testigo, y que es menester que crea autores que son todos hombres y fallibles, ó crea tradiciones que pueden ser fábulas, me es imposible hallar un punto seguro en que apoyarme, y que no es dado al hombre juzgar bien, y menos probar con evidencia la verdad de los hechos, que están léjos de sus propios sentidos.

Yo dije otras muchas cosas sobre esto: el padre las oyó con paciencia; y cuando entendió que había acabado, me dijo: Vuestras reflexiones, señor, nos conducirían al mayor de los inconvenientes, que sería á establecer el pirronismo. Si para estar seguro de un hecho es necesario haberle visto, rompamos y borremos todas las historias. Nuestros mayores fueron muy simples recoyendo y pasándonos todos los hechos de su tiempo, y nosotros no lo somos ménos cuando instruimos de los nuestros á nuestros venideros. Cada edad, cada generacion no podrá saber ni aun la historia de sus dias, y apenas cada familia sabrá lo que

pasa con ella. César y Alejandro pueden ser una fábula; y cuanto se ha escrito hasta aquí, á pesar de los testimonios, de los testigos oculares, de los monumentos subsistentes que se erigieron con aquel motivo, y de los usos, ceremonias ó ritos que le debieron su origen, deberá ser confundido con los rumores populares, que no presentan estos documentos auténticos de su verdad. Yo os pido, señor, que vos mismo seais juez de una doctrina que nos arrastraría á tanto exceso.

Vos decís que no puede ser divina una religion que para convencerse de su verdad necesitaria un estudio que todos los hombres no pueden hacer, en especial los simples y los que viven de su trabajo: teneis razon, señor. Así no es este el método de que nos valemos para persuadirla á esta especie de gente. Dios nos ha dejado una manera de instruirnos mas acomodada á nuestra corta capacidad, ó á la fatiga de nuestras ocupaciones, y vos veis cuán útil es, pues que basta á tantos pueblos y naciones para crearla y practicarla con respeto y sumision.

Pero si hay entre ellos algunos espíritus, que ménos dóciles ó mas críticos dudan ó quieren enterarse de los motivos de su fe; si hay otros soberbios, que no queriendo dar crédito mas que á las voces de su altiva razon, nos vienen á inquietar en la tranquila y pacífica posesion de nuestra creencia; si en fin, algun infiel, algun herege ó

algun filósofo nos viene á preguntar nuestros motivos, ¿qué podemos hacer en estos casos, sino mostrarles los documentos, las pruebas y los testimonios de todos los siglos, que han pasado hasta nosotros con fidelidad este depósito sagrado?

Así esta religion, que por su santidad persuade al simple, que por su elevacion admira y somete al dócil, no teme tampoco el exámen del crítico; por el contrario, desea que este la examine, la indague, la registre, segura de que hallará en ella pruebas evidentes de su genealogía divina. Ella le mostrará cuán inexcusable es el que si tuvo la desgracia de hallar en su soberbia razon dificultades que le alejaban de ella, no tuvo bastante aplicacion para estudiarla y conocerla, pues hubiera podido fácilmente desengañarse y salir de su error.

Añadis que la tradicion por numerosa que sea, no añade prueba ni fuerza, porque todos no hacen mas que repetir lo que dijeron los primeros, y tambien teneis razon; pero nosotros no los producimos como testigos que prueban, sino como testigos que confirman, que es verdad que lo dijeron los primeros, y esto es lo que nos basta. Por ejemplo, los cristianos del segundo siglo no pudieron ver á Jesucristo ni ser testigos de sus milagros; pero casi todos habian hablado con sus primeros discípulos que lo habian visto, habian sabido de ellos los hechos y las circunstancias, y

ademas de esto los veian hacer á ellos mismos otros milagros en nombre y por la virtud de Jesucristo: así lo que nos refieren no es solo una repeticion, sino una confirmacion auténtica de lo que contaron los primeros testigos, y de la fe y confianza de que eran dignos.

Los del tercer siglo no pudieron ver ni á Jesucristo ni á sus primeros discípulos; pero sabian toda su historia por sus padres, que la habian aprendido de ellos; así su testimonio tampoco es una repeticion desnuda, sino una certificacion de que verdaderamente sus mayores les habian transmitido la noticia de aquellos hechos atestiguados por los que los vieron, y de este modo han venido sucesivamente hasta nosotros, que los pasaremos tambien á nuestros descendientes. Nosotros les certificaremos que los hemos recibido de nuestros padres, que de mano en mano los habian recibido de los suyos, que los recibieron de los otros hasta llegar á los testigos de vista; así por una cadena nunca interrumpida llegaremos en todo tiempo hasta los apóstoles.

Por esto nosotros no somos ni podemos ser testigos oculares de los hechos que refiere el Evangelio; pero somos los depositarios de su verdad: nosotros certificamos que nos la han transmitido nuestros mayores tal como la han recibido de los suyos; y de este modo cada generacion no solo repite lo que ha dicho la pasada, sino certifica y

acredita que recibió de sus mayores la tradición que estos la pasaron, que es la misma sin alteración que la que ellos habían recibido, y que ha sido siempre la misma hasta llegar á la noticia original de los testigos primitivos. Y ve aquí como todos los siglos no hacen mas que repetirse; pues no solo atestigua cada uno que la cadena de testimonios no se ha interrumpido jamas, sino que tampoco se ha alterado, que se ha conservado con fidelidad y exactitud, y que lo que nosotros creemos ahora es aquello mismo que los testigos de vista escribieron y comunicaron á los primeros que convirtieron.

Eso puede ser, repliqué yo; y es natural que lo que hoy se cree sea la misma cosa que creyeron los primeros cristianos. Es verosímil que en materias que la superstición respeta como sagradas, no sea fácil alterar nada, porque no se pudiera hacer sin excitar el clamor general; pero probar que una tradición sea la misma ó se conserve entera, no es probar que sea cierta: me parece muy ridícula la pretension de que nosotros por una tradición creamos lo que no quisieron creer los judíos, que eran testigos de los hechos.

No es verdaderamente risible que se quiera hacernos creer por relaciones de otros lo que no se pudo persuadir á los mismos que vieron lo que se nos refiere á nosotros? Pues ellos á vista de

los hechos, no solo no los creyeron, sino que los despreciaron, y condenaron á Jesucristo como impostor y malhechor, ¿cómo es posible pretender, aun suponiendo que sean ciertos, que deban persuadirnos á nosotros despues de tantos siglos? ¿Cómo pueden ser evidentes hechos que no pudieron convencer á los mismos testigos?

Y observad la diferencia de nosotros á ellos. Para conocerla transportémonos al tiempo en que Jesucristo vivia: los judíos esperaban un Mesías; su tradición verdadera ó falsa era que por instantes debia ya nacer el Libertador de Israel. Es imposible imaginar que no estuviesen todos con la impaciencia y atención que pedia tan alto interes. Viene Jesucristo, y dice á los judíos: Reconocedme, yo soy el Redentor que esperais, el Libertador prometido á la casa de David: comparad todas mis circunstancias con lo que os han anunciado los profetas; observad la multitud de los prodigios que hago; ved como sano todas las enfermedades con el imperio de mi palabra; cómo arrojo al espíritu impuro; cómo profetizo lo porvenir; cómo resucito los muertos, y cómo yo mismo he resucitado y triunfado de la muerte.

¿Os parece, padre, que si la menor de estas cosas fuera cierta, que si los judíos la hubieran visto con sus propios ojos, era posible que cuando no deseaban ni pedia mas que la venida del Mesías prometido, le hubieran desconocido hasta

el extremo de tratarle como malhechor? ¿que la Sinagoga, mas instruida que el pueblo, le hubiera condenado á la muerte mas afrentosa? ¿Qué prueba mas clara de que ellos no vieron ninguno de los milagros que se han contado despues? Ellos eran contemporáneos, ellos fueron los jueces, los acusadores y los testigos: ellos tenian el mayor interes en averiguar la verdad; y pues ellos le creyeron un impostor, ¿cómo podemos nosotros creer que era nada ménos que Dios? Su incredulidad justifica la nuestra.

No me opongais ni los muchos pueblos cristianos ni el gran número de mártires que despues le han creído; su fe, que puede ser hija del entusiasmo ó de la seducccion, no merece hacer contrapeso en la balanza contra el testimonio de los mismos testigos. Los gentiles, que fueron los primeros convertidos, ni podian entender como ellos el verdadero sentido de las profecías, ni podian conocer con tanta exactitud las circunstancias de los hechos que no vieron, y que no podian juzgar por sí mismos sino por relaciones de otros. Así toda la presuncion está en favor de los judíos que no creyeron, contra los idólatras que dijeron haber creído; y es ridículo pretender que nosotros creamos que era un Dios el que tuvieron por impostor los que le vieron de mas cerca.

Ve aquí, señor, una dificultad que os parece

terrible, y en efecto es espéiosa, porque como simple y natural, agrada y contenta, sobre todo á los perezosos, que quieren con poco exámen tomar un partido y decidirse. Però examinémosla poco á poco, y veamos si es sólida. Primeramente supone que los hombres no pueden dejar de convertirse viendo un milagro, y esto no es tan cierto. El mal rico pedia á Abraham que enviase alguno de los de la otra vida á advertir á sus hermanos para que evitasen venir al lugar de horror en que él estaba, y Abraham le responde que sus hermanos tienen la Ley y los Profetas, y que si no creen á estos, tampoco creerán á nadie que vaya milagrosamente á prevenirles (1). En efecto, señor, los milagros no pueden persuadir sino á aquellos que libres de intereses y de pasiones, desean sinceramente conocer la verdad; pero los que tienen un interes vivo en no creerlos, ó los que esclavos de una fuerte pasion desean que no sean ciertos, hallan mil pretextos para eludirlos.

Supongamos un hombre en este caso, y que se le presente á la vista un milagro estupendo, sin duda quedará atolondrado y no sabrá qué decir; pera si un interes poderoso ó una pasion activa le hacen desear que no sea verdadero, despues de dar algun tiempo á la sorpresa y al asombro, po-

(1) *Luc. xvi. 30.*

co á poco irá buscando razones ó motivos para debilitar su impresion, y procurará persuadirse ó que aquello ha podido ser engaño de sus sentidos, ó que debe atribuirse á otras cosas que su pasion le hará considerar mas verosimiles; y esto es precisamente lo que sucedió con los judíos.

Jamas estos dudaron de los milagros de Jesucristo que veian; pero los atribuian á un mal principio; su realidad les era tan patente, que ni pudieron negarla entónces, ni disimularla á sus sucesores. Así estos, que tampoco han podido negar lo que confesaban sus mayores, se han visto forzados á decir en el Thalmud: Que Jesucristo habia descubierto la inscripcion del nombre de Dios, y con este nombre misterioso que sabia pronunciar, toda la naturaleza le obedecia como al mismo Dios; con otras mil ineptias de esta especie, en que no insisto por no molestaros con tan ridículos absurdos. Pero esto solo basta para convenceros que ni los judíos de entónces, ni los de hoy se han atrevido á negar los milagros de Jesucristo. No era posible que negasen lo que todos veian; y no puede haber prueba mas evidente de su existencia que la necesidad en que se vieron unos y otros de recurrir á invenciones tan frívolas como absurdas; pues es claro que si aquellos milagros no hubieran sido tan notorios como evidentes, hubieran dicho que no eran ciertos, y con esto los desmentian fácilmente.

Esto es, padre, interrumpí yo, lo que aumenta la dificultad. Pues si es cierto que el pueblo y la sinagoga veian estos milagros de manera que no podian dudarlos, ¿cómo es posible que con tanta constancia se hayan obstinado, no solo en no reconocerle, sino en crucificarle? Mi respuesta es fácil, dijo el padre: yo os he insinuado que unos y otros atribuian á Beelcebú, príncipe de los demonios, los milagros que no podian dejar de ver; y con este principio que les sugeria su pasion, se creian autorizados no solo á no creer, sino á perseguir á Jesucristo. Aunque hablando con rigor fuera de este pretexto, se hallaban ellos en otras disposiciones que podian contribuir á su engaño.

Para conocerlas, examinemos la situacion de los judíos, y veréis que en esto no hay dificultad. Es verdad que ya esperaban al Mesías; las profecias le habian anunciado para aquel tiempo; el estado de su gobierno lo indicaba; ya, segun la profecia de Jacob, el cetro habia salido de la tribu de Judá; ya no tenian ni poder, ni autoridad, ni magistrados; el Sanedrín estaba degradado, y sus miembros habian pasado de jueces á ser simples doctores; los romanos se habian apoderado del poder de la vida y de la muerte, y no quedaba á los judíos otro derecho, que el de decidir en asuntos de religion.

La nacion oprimida y descontenta veia con do-

lor esta triste situacion, sin otra esperanza que la del Mesías, que ya esperaban por instantes; y se habia figurado que este Redentor debia restituirla su esplendor antiguo; que al modo de los conquistadores del mundo, traeria consigo fuerzas y poder para domar sus enemigos; que abatiria á Roma, que domaria á los gentiles, y que estableceria un imperio en que los judíos serian los dueños de la tierra, y gozarian de todos sus bienes y riquezas. ¿Sobre qué fundaban los judíos estas esperanzas? Sobre las profecias; pero era interpretándolas á gusto de sus necesidades, y no segun el orden que tenian entre sí, y que los sucesos han manifestado despues.

Porque Jesucristo vino, pero en un orden muy diferente de aquellas orgullosas esperanzas. Su nacimiento obscuro y su estado humilde no excitaron atencion alguna; no promete á sus discipulos ni las grandezas que el mundo admira, ni los bienes que ama; su doctrina es santa y elevada, pero austera y penosa; sus acciones son grandes y sublimes, pero sin fausto ni ostentacion; sus promesas son magníficas, pero se reservan para la otra vida: esto bastaba para que no le reconociesen por el Mesías aquellos hombres soberbios y groseros, de unos corazones terrestres y carnales, que no estimaban mas que el placer de los sentidos, y cuyo único objeto era gozar de los bienes de la tierra, y subyugar con las armas á

los enemigos que los oprimian. Ve aquí el error que engañó á los judíos y los hizo tan obstinados; y esta razon es clara, tanto por la historia como por el genio y carácter conocido de la nacion misma.

Todo eso, padre, puede ser así, le dije yo; pero es imposible comprender que una nacion entera por una preocupacion de orgullo ó de intereses haya podido resistir á la fuerza poderosa de tantos milagros: confesad que no se puede concebir tan monstruosa ceguedad. Con todo, señor, me respondió, sin salir del punto que tratamos ¿cuántos ejemplos de ella estamos viendo cada dia? ¿No vemos en el seno del cristianismo unos espíritus bastante ciegos que se escandalizan y avergüenzan de la pobreza y humilde condicion de Jesucristo, sin que su orgullo pueda conciliarla con lo que la fe les enseña? No dudan de los milagros de Jesucristo, saben que son ciertos, y no obstante esto miden con su débil imaginacion los consejos de Dios, y á pesar de todos sus prodigios, casi les parece ménos decente su pasion y su muerte. ¿Qué hicieran pues si como los judíos desearan, que pareciese grande para salvar el estado, y socorrerlos en la opresion vergonzosa que sufrían?

Pero voy á satisfaceros mas directamente. Vos me preguntais por qué los judíos no creyeron, aunque los milagros de Jesucristo fuesen tan re-

petidos como evidentes; y yo os respondo, que esto era para que se cumpliesen las profecías, porque estaba predicha su incredulidad, y que la venida del Mesías, que debía ser la salud del universo, sería la reprobacion del pueblo judío: estaba profetizado en el Deuteronomio, en Isaías y Jeremías, que este pueblo deplorable debía tener ojos y no ver, oídos y no oír, corazón y no comprender.

Los demas profetas estan llenos de estas amenazas. A cada paso se encuentra en ellos que el Mesías sería dado, pero que sería desconocido y maltratado por los judíos. Su dureza y su castigo estaban predichos; la historia lo ha confirmado todo, y hoy mismo son un ejemplo vivo y una prueba subsistente de aquellas profecías. El nuevo pueblo de creyentes que se debía levantar sobre sus ruinas, está tambien pintado con colores tan vivos y tan parecidos al retrato, que no es posible desconocer la Iglesia cristiana, que ha sucedido á la infiel sinagoga. De modo, señor, que si teneis razon para asombraros de la incredulidad de los judíos, la teneis mucho mayor para deponer toda duda cuando veis tan exacta conformidad entre las predicciones y los sucesos.

Sin duda que Dios tuvo justas razones para condenar á los judíos á tan severa proscripcion; pero observad como la obstinada resistencia tanto de los que persiguieron á Jesucristo como de

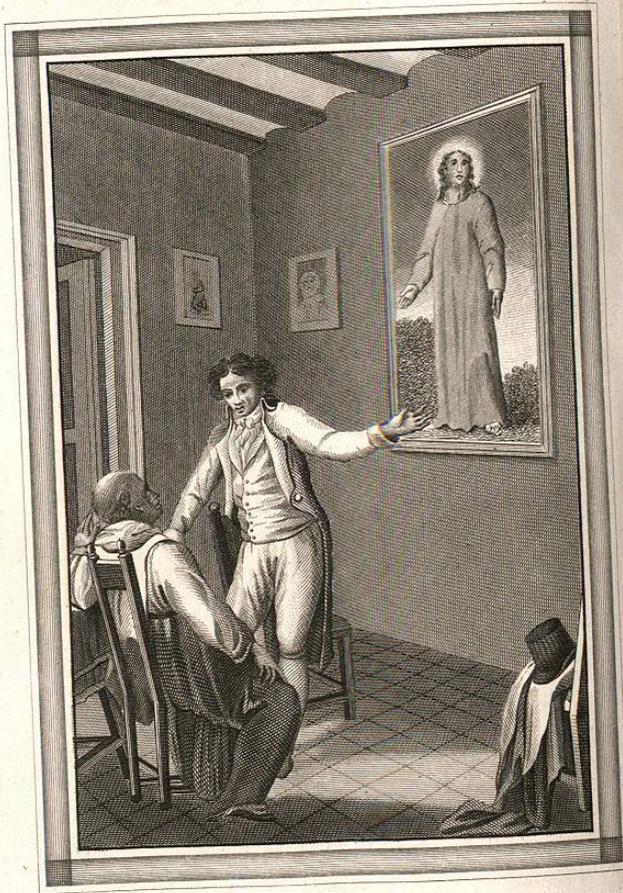
sus descendientes, que sufren hoy mismo la pena de su incredulidad, es una de las pruebas mas victoriosas de nuestra fe, y parece que debía entrar en el órden de la dispensacion divina. Porque como dice Pascal, si todos hubieran sido convertidos por Jesucristo, no tuviéramos mas que testigos sospechosos; si Dios en castigo los hubiera hecho desaparecer de la tierra, no tuviéramos ninguno; pero dejándolos en ella como monumentos subsistentes de la verdad de las predicciones, y confesando los milagros, aunque blasfemen de la mano que los hace, su existencia sola acredita lo uno y lo otro, y sin quererlo, nuestros mayores enemigos se trasforman en nuestros defensores.

Ademas de esto, no todos los judíos fueron rebeldes, muchos reconocieron á Jesucristo, aunque fueron la menor parte; pero por ellos empezó la Iglesia. Los gentiles no vinieron sino des, pues, como estaba tambien predicho. En Jerusalem se formó el primer rebaño, pequeño á la verdad en su principio, pero que se aumentó mucho despues del milagro de la resurreccion. Los apóstoles hicieron conversiones cuyo número espanta: en dos dias ocho mil con el corazón compungido pidieron á S. Pedro que los bañase con el agua santificante; y estos nuevos cristianos hicieron á otros, los que convirtiendo muchos nuevos, multiplicaron en poco tiempo su número.

Así no es cierto que todos los judíos hayan resistido á la fuerza de los milagros. Los que hacen esta objecion se engañan, porque no ponen la vista sino en los descendientes de los judíos rebeldes; pero no deben olvidar los muchos que se incorporaron en la Iglesia, y de que tantos cristianos son hoy la posteridad.

Aquí repliqué yo: Ya os entiendo, padre. Vos me explicais el motivo secreto que indisponia el corazon de los judíos contra los milagros, aunque no pudiesen dudar de su certeza. Vos lo atribuis á la natural repugnancia que debian sentir viendo la bajeza exterior de Jesucristo; su orgullo acostumbrado á las ideas ambiciosas que se habia formado de la grandeza de su libertador, no queria reconocerle en un hombre tan obscuro y abatido.

Esto puede ser; pero léjos de resolver la dificultad la añade mayor fuerza; porque es claro que los judíos tenian razon. ¿Cómo era posible reconocer al Enviado del Señor, prometido desde el origen del mundo, al Salvador que los profetas habian anunciado con tanta pompa, al Mesías vencedor de todas las naciones, cuya gloria debia penetrar hasta las islas desiertas en un hombre miserable que vivia triste y pobremente, que sabian haber nacido en una familia obscura, que se ocupaba en los bajos ejercicios destinados á la miseria? ¿Quién podia imaginar que el San-



*¿ Quien podia imaginar que el Santo de Israel, el Redentor del genero humano pudiese venir con tanta pobreza?*

to de Israel, el Redentor del género humano pudiese venir con tanta pobreza?

No ignoro que me responderéis que las vias de Dios no son las nuestras, y que no podemos penetrar la profundidad de sus designios. Esta es la salida ordinaria con que se pretenden eludir todas las dificultades que no se pueden desatar; pero con respuestas tan frívolas se pueden justificar todos los delirios. Lo cierto es, que aunque haya infinita diferencia entre la sabiduría divina y la nuestra, tenemos con todo principios seguros para juzgar sus obras.

Uno de los mas claros es, que Dios no puede hablar á sus criaturas de una manera equívoca que deba necesariamente engañarnos; y es visible que los judíos debian engañarse si el Mesías nacía en la bajeza y miseria, despues que los profetas le habian anunciado con tanta gloria y magestad. La contrariedad no podia ser mas fuerte, y la seduccion era inevitable; así los judíos no pudieron, ni nosotros le podemos reconocer.

Yo dije esto con un aire de satisfaccion: en efecto, me parecia imposible responder bien á una demostracion tan simple, y en secreto me complacia presintiendo el embarazo de aquel sencillo padre; pero por desgracia en aquel instante sonó una campana, y el padre se levantó diciéndome: Ve aquí la voz de Dios que me llama; mañana si quereis, continuaremos este asunto, y es-

pero que esta dificultad, que os parece tan invencible, quedará tan disuelta como las otras. El padre se fué, y yo quedé picado de ver que se jactase de deshacer una objecion que yo encontraba indisoluble. Decia entre mí: Este hombre tiene talento y persuasion, pero á pesar de toda su habilidad, por esta vez espero vencerle; y pues está tan satisfecho, no le he de dar cuartel, verémos cómo sale. ¡Y quién sabe si al fin le haré confesar cuán ridículo y absurdo es su sistema! Con esta idea esperaba impaciente el otro dia, cuyas resultas sabrás por la carta que seguirá á esta. A Dios, amigo mio.

## CARTA VI.

### EL FILÓSOFO A TEODORO.

**T**EODORO mio: cuando vino el padre, despues de las primeras cortesías, me dijo: Ayer, señor, nuestra conversacion quedó pendiente: vos me habeis propuesto una dificultad que consistia en decir que si los profetas habian predicho que el Mesías vendria con grandeza y gloria, los ju-

díos tuvieron razon en no reconocer á Jesucristo, que se manifestó con la mayor humildad y pobreza. Creo que esto es en sustancia; pero esta dificultad, que á primera vista parece tan terrible, toma toda su fuerza de un equívoco, y este se esconde en la verdadera aplicacion de la palabra grandeza.

Los hombres se engañan mucho en su genuina inteligencia. Hay muchas especies de grandezas, unas verdaderas y otras falsas: por lo comun nosotros no llamamos grandeza sino á lo que le parece así á la imaginacion y á los sentidos. El nacimiento ilustre, la autoridad, la opulencia, las hazañas y las demas cosas de esta especie son por lo comun lo que con afrenta de la razon alucina y seduce á los hombres, y esta pudiera llamarse la grandeza sensible. Tambien distinguen otra, que se puede llamar espiritual porque pertenece al espíritu: como es un grande ingenio, talentos extraordinarios, reflexiones profundas, vastos conocimientos, el don de la invencion, la elocuencia, la fecundidad de la imaginacion, y otros dotes de esta naturaleza.

Pero son pocos los que distinguen, y ménos los que admiran otra grandeza que hay mas oculta, y que sin duda es superior y debe ser preferida á todas: esta es la que consiste en la santidad. Ya se ve que estas tres especies de grandeza son diferentes, y que su distancia es infinita: la prime-